

## Actos de la Facultad

---

### **Transmisión del decanato de la Facultad de Agronomía y Veterinaria**

En el local de la Facultad de Agronomía y Veterinaria se llevó a cabo el 30 de octubre de 1927, la entrega del decanato por el doctor Daniel Inchausti, al nuevo decano elegido en los últimos comicios, ingeniero F. Pedro Marotta.

En esa ocasión el doctor Inchausti pronunció el siguiente discurso :

#### *Discurso del doctor Inchausti*

Señor rector,  
Señor decano entrante,  
Señores :

Tres años han pasado desde que, en esta misma fecha, tomara posesión del gobierno de la Facultad. Corto plazo si se tiene en cuenta la magnitud de la obra a realizar ; largo, demasiado largo, si se piensa en las responsabilidades que implica el cargo y el inevitable desgaste que su desempeño trae.

Tócame entregarlo hoy en las manos de quien la asamblea de profesores y alumnos ha considerado más calificadas, y lo hago con la satisfacción de quien se despoja de una pesada carga y vuelve a la tarea que ha sido su objeto principal, cual es la enseñanza.

Hoy no es para mí día de palabras ; nada me corresponde decir de programas a desarrollar, nada de omitir opiniones para el futuro ; es para mí la hora de los hechos y correspondeme dar cuenta de mis actos a quienes pensaron en su momento, que era la persona más indicada para dirigir esta institución.

No es entonces vana jactancia lo que diré de mi obra ; es la cuenta debida a mis electores y mi justificación, así lo espero, de que no he defraudado las esperanzas que de mí tuvieron, ni la confianza que en mí depositaron.

Entrego la Facultad en paz, lo que ya es algo en estas épocas en que la llamada política universitaria agita los espíritus estudiantiles, y aun de los que, no siéndolo, pueden sacar provecho de ella, sobreponiéndose a todo y poniendo en la acción de la juventud una nota de excesiva energía, de intemperancia no siempre justificada, de reacción no siempre necesaria ; desgaste de fuerzas que quisiera ver mejor empleadas en la investigación científica y en el estudio.

Dicho sea esto en términos generales. En lo que se refiere a los estudiantes de la casa, su comportamiento ha sido medido; no he estado de acuerdo con alguno de sus actos y pienso que sus propios autores serán los perjudicados en el futuro; pero nunca he dudado de su sinceridad.

En lo que se refiere a la parte docente, la Facultad ha marchado por el camino de la normalidad; su plan de estudios, sus programas, sus horarios, han sido cumplidos con la mayor estrictez posible; si ha habido algunas fallas, concebibles fácilmente, pues en la vida no hay obra perfecta, ellas no han influido mayormente en la regularidad de los estudios. He tratado durante mi decanato de que los exámenes se tomaran en épocas precisas y en plazo relativamente corto; que los cursos se iniciaran y terminaran en las fechas que el digesto universitario determina. Lo primero lo he conseguido, desde que, contando con la buena voluntad de los señores profesores, estaba en mis manos el obtenerlo; lo segundo no ha sido posible, pues que los estatutos establecen, para los alumnos, el derecho de concurrencia libre a clase. Mientras esta disposición no se modifique, no habrá, a mi juicio, una asistencia regular.

He tratado de que cada cátedra tenga su laboratorio en funciones, a fin de que la enseñanza encarada en su concepto moderno, que tiende a darle más eficiencia de aplicación, habilite a los profesionales para el fácil desempeño de sus funciones al egresar con su diploma, que da presunción, pero no seguridad de poseer conocimientos. Poco lucida tarea es ésta, pero no menos necesaria por ello, la de dedicarse a cuidar que los laboratorios estén suficientemente provistos del material y utilaje necesarios para la enseñanza e investigación científicas; tareas administrativas se las llama despectivamente, como si en una Facultad el decano tuviera que ocuparse únicamente de resolver altos problemas filosóficos, mientras que los alumnos egresaran de la institución sin los conocimientos indispensables para ganarse el sustento diario, por falta de conocimientos de inmediata aplicación a las exigencias de la vida y de la profesión que han elegido.

Es que cada época tiene sus necesidades y estas necesidades mismas van desarrollándose en forma armónica y gradual, según los medios con que se cuenta y el ambiente en que se actúa. Nada podría hacerse en favor de una enseñanza ideológica si no se hubiera resuelto previamente todos los factores de local e instrumental referentes a la enseñanza misma. Bien está que no todo sea prosaico en la vida; pero me permito llamar la atención hacia las ideas de cientifismo excesivo, al procedimiento que por mirar demasiado hacia las estrellas nos aleja la visión del mundo en que vivimos y sus necesidades. Recordemos la conocida figura de quien, al caminar, va tropezando continuamente por mirar al cielo.

En esto de la enseñanza universitaria, al igual que en la mayor parte de las cosas de la vida, la verdad se encuentra difícilmente en los extremos, sino en el justo término medio. No he sido nunca partidario de que la práctica domine a la teoría; pues esto desnaturalizaría el fin de la Universidad; comprendo que de un buen teórico pueda hacerse, con el andar del tiempo, un excelente práctico, que producirá más que un excelente práctico sin teoría; pero no veo ningún inconveniente en que la Facultad cuide ambas cosas, dentro de un discreto equilibrio.

La Facultad ha tropezado hasta hace pocos años con el serio problema, a resolver, de la falta de locales e instalaciones adecuadas para que las diferentes asignaturas pudieran enseñarse en condiciones normales. Es así que las cátedras de bacteriología, enfermedades infecciosas y anatomía patológica, funcionaban en el local del Instituto bacteriológico del Ministerio de Agricultura; los profesores de enfermedades parasitarias y de inspección de productos alimenticios se debatían dificultosamente en una vieja casilla de madera, inadecuada para los fines a que se la había destinado; la ense-

ñanza de la medicina operatoria se hacía en un viejo galpón de zinc, que constituía, por sí solo, una permanente contradicción con las teorías de asepsia enseñadas por el profesor que de ello se ocupa.

En la Escuela de Agronomía las cosas no se desarrollaban en mejores condiciones; había cátedras fundamentales, como las dos de industrias agrícolas, que vivían de prestado, sin locales propios para poder enseñar objetiva y prácticamente tan importantes especialidades; en fruticultura y silvicultura se carecía de los elementos más imprescindibles; la cátedra de industrias de la granja funcionaba en viejas e inadecuadas instalaciones.

Mi distinguido predecesor, el doctor Cárcano, comprendió la urgente necesidad de resolver este problema y encaró seriamente su estudio, planeando el hospital de clínicas, cuya piedra fundamental alcanzó a colocar y cuyos tres primeros pabellones he tenido la fortuna de ver terminados y ser entregados antes de retirarme del decanato. Dos de estos pabellones han sido totalmente constituidos en menos de cinco meses; demostración de lo que vale la buena voluntad de todos, aunada en un sano propósito.

Pero la mayor dificultad con que tropezó el anterior decano fué la escasez de recursos para poder realizar tan vasta tarea.

En mi discurso de recepción del decanato, prometí la prosecución de la obra de mi antecesor, pues era, a mi juicio, la de más urgente resolución para el regular desarrollo de la vida de la Facultad; ella es la que mayores preocupaciones me ha producido y mayor trabajo me ha dado durante mi periodo de gobierno de la casa. Tal vez sea en el futuro mi mayor satisfacción el haberla realizado.

Para la obtención de los recursos necesarios conté, desde el primer momento, con la eficaz colaboración del entonces rector doctor José Arce, quien, comprendiendo la justicia y urgencia de mis gestiones, puso para su favorable resolución todo el prestigio de su cargo. La Facultad tendrá perennemente una deuda de gratitud con el doctor Arce que, personalmente, me enorgullezco en reconocer.

Es así que a principios del 1925 el honorable Consejo superior sancionó una ordenanza autorizando a la Facultad para invertir en construcciones el producto de sus distintas secciones y todos los sobrantes de partidas que pudieran resultar en su presupuesto; esta autorización, que no nos producía un centavo en efectivo, nos habilitaba para ahorrar hasta con sacrificio, postergando todos los gastos que no fueran estrictamente imprescindibles, a fin de resolver lo más urgente que era la habilitación de locales donde funcionarían las distintas cátedras que de ellos carecían.

La cooperación y el empeño de todos ha hecho el milagro; se han construido obras en los tres últimos años, por valor de más de medio millón de pesos, suma en que se acrece el patrimonio de la Universidad, habiendo invertido la Facultad, de fondos que pudiéramos llamar propios y que han sido producidos durante el actual decanato, 374.000 pesos. El resto corresponde a una partida de 86.000 pesos obtenida por gestión de mi predecesor, doctor Ramón J. Cárcano, y a inversiones hechas por el ministerio de Obras públicas de la Nación, de la partida del presupuesto general, correspondiente a «refacción de edificios fiscales».

Toda esta inversión está debidamente documentada en la correspondiente *Memoria* que acabo de elevar al señor rector.

Ahí quedan, para juicio de quienes más tarde lleguen, el pabellón de bacteriología y enfermedades infecciosas, los tres pabellones del hospital de Clínicas, los dos de industrias de la granja, las mejoras del internado y demás obras que he tenido la fortuna de llevar a feliz término. No he colocado durante mi decanato una piedra fundamental; no he celebrado ninguna ceremonia inaugural, pero he hecho entregar las

llaves de sus respectivos laboratorios a ocho señores profesores que carecían de ellos y que actualmente los tienen en funciones.

Tal es, en síntesis, la labor desarrollada durante los tres años de mi decanato. Si fué eficaz, si satisfizo los deseos de quienes me llevaron al cargo, no es a mí a quien corresponde decidir; tal vez ni los mismos interesados pudieran hacerlo de inmediato. El tiempo, que suaviza asperezas, lima aristas y pone en las cosas su melancólica pátina, será el encargado de hacer resaltar los errores que seguramente ha habido en mi gestión administrativa; si hubo algo meritorio, aunque sea pequeño, también aparecerá por sí solo. Las buenas acciones salen a la superficie por mucho lastre que quiera ponerse para hundirlas.

Pero hay algo que quiero manifestar lógicamente: he dedicado a la Facultad todo mi tiempo, durante el período de mi decanato; habré hecho mal o habré hecho bien, pero afirmo que he hecho todo lo que he podido. Si el juicio me resultara desfavorable, atribúyase falta de condiciones, pero nunca falta de voluntad.

Un manejo tan complicado no pudo practicarse sin contar con personal que fuera eficaz colaborador y fiel ejecutor de las ideas directrices. El personal de secretaría, desde el secretario y prosecretario hasta el escribiente de menor jerarquía, el contador con los empleados a sus órdenes, el administrador y el bibliotecario han cooperado todos, dentro de sus respectivas atribuciones, a la realización de mi programa. A todos ellos mis expresivas gracias; si en la obra común aparece algún mérito en el futuro, tanto será de ellos como mío.

Señores estudiantes: en algunas oportunidades me he negado a solicitudes vuestras que no encuadraban, dentro de mi parecer, en las necesidades de la enseñanza. He tratado de anteponer siempre ésta a vuestras conveniencias inmediatas, que a veces os hacen buscar la línea del menor esfuerzo sin pensar en el futuro. He considerado que en la Facultad deben proporcionarse los más eficaces y mejores conocimientos para que os podáis defender con ventaja en el difícil ejercicio de la profesión que habéis elegido. En algunos casos, cuando habéis creído verme contra vosotros, os he defendido contra vosotros mismos. Al correr del tiempo, y camino andando, la vida os lo enseñará. Vais subiendo ahora por el sendero abrupto y veis todas las cosas bajo el riente aspecto que presentan cuando se las mira a la luz de un mañanero sol de primavera; pero llegaréis a la cima; y cuando iniciéis el camino de regreso, éste, que pensáis es el mismo de la ida, os deparará muchas sorpresas. El aspecto del paisaje habrá cambiado totalmente, o lo veréis distinto, porque habrá cambiado vuestro corazón; daréis menos importancia a las tonalidades y a las bellas formas, que tanto os impresionaron al iniciar el recorrido; veréis que habéis dado mayor valor a la apariencia que a la esencia de las cosas; vuestra experiencia os llevará a preferir lo tangible y a desconfiar de lo solamente perceptible. Y habréis aprendido la gran verdad de la vida, que no por simple, es menos difícil de adquirir: juzgaréis al árbol por sus frutos.

Señor decano: os entrego la Facultad en buenas condiciones económicas; con dinero depositado para pagar las construcciones iniciadas y alrededor de pesos 40.000 en caja, completamente libres de imputación, para el regular ejercicio de lo que resta del corriente año. El gobierno no debe ser una sucesión de hombres, sino una sucesión de esfuerzos. Deseo que, el por mí ejecutado, sea sobrepasado por el vuestro.

Al igual que yo, habéis iniciado aquí vuestra vida universitaria; aquí habéis obtenido vuestros mejores triunfos. Alumno primero, profesor más tarde, llegáis al cargo máximo a que puede aspirar un universitario, dentro de su vieja casa. Así como tuve la fortuna de ser el primer veterinario que llegó a su decanato, vos sois el primer in-

geniero agrónomo que reunís las mismas condiciones. Ello os obliga doblemente y siempre en beneficio de la institución madre.

Hemos vivido a la sombra de sus árboles, ya viejos, que vimos plantar, y que con su recia textura y fuerte raigambre nos recuerdan tal vez con alguna melancolía, los tantos años idos. Que ellos fructifiquen en experiencia para bien de todos.

Tengo fe en vuestro gobierno, pues no os faltan cualidades para ello, y tengo fe con todo egoísmo : vuestro triunfo personal será progreso para la Facultad, y siendo como es así, hago sinceros votos para que él sea indiscutible.

Señor decano : quedáis en posesión de vuestro cargo.

El nuevo decano contestó al doctor Inchausti con este discurso.

*Discurso del ingeniero F. P. Marotta*

Esta casa es ilustre entre ilustres. Ilustre por Wenceslao Escalante ; por Pedro N. Arata ; por Florentino Ameghino. Nació armada, como Minerva, del cerebro potente de Escalante, estadista, civilizador, maestro de derecho ; fué Arata su primer rector, sabio auténtico en la heredad todavía bárbara ; signa Ameghino su acta de fundación y figura como miembro de su primer consejo directivo. Bastara el recuerdo de estos antecedentes iniciales sino hubieran otros de que he de hacer mérito más adelante, para aquilatar el precioso legado que ponéis en mis manos, y comprender mi honda gratitud por el insigne honor, que me han discernido los profesores y los estudiantes, en forma tan unánime como espontánea.

Yo he rastreado en el camino de mi vida las huellas de mi paso, que hayan podido decidir vuestra elección, y he creído hallarlas en mi confesado gran amor por este hogar intelectual, amor del hijo por la madre, que nadie ha podido discutirme a pesar de las luchas y de las pasiones que siempre dividen a los hombres ; y he pensado también que el motivo de vuestro veredicto acaso radique en que jamás me debatí en la inacción estéril, soñando como Amiel, en su anhelo infatigable de crear la obra inasible, plena de totalidad y perfección, porque he creído con un eminente escritor contemporáneo, que el mérito en el conjunto total de una personalidad humana, no se mide por la potencia sino por los actos : cada cual debe dar lo que tiene, y lo poco que hay en mí, lo dí en hechos, en palabras y en escritos por los ideales que aprendí a sustentar en la Universidad.

He anticipado ya, en líneas generales, mi programa de gobierno. Pero deseo insistir en esta circunstancia, sobre uno de los conceptos expresados. Me refiero, como dije, a que la enseñanza debe ser suficientemente aplicada, pero sin esa superstición de la práctica, que desnaturaliza la instrucción universitaria porque malea o debilita ese substratum de teoría y de hechos científicos en que se afirma su razón de ser.

Yo he tratado, para robustecer estas ideas y precisar también el verdadero derrotero a seguir, de escrutar los propósitos que se tuvieron en cuenta : el espíritu que presidió la fundación de este instituto, y he ido a buscar la verdad en la fuente misma de su origen, en el estatuto que le dió el propio Escalante y en el texto de su discurso al inaugurarlo. Permitidme que lo recuerde en esta oportunidad :

« Los objetos principales del instituto son : preparar veterinarios e ingenieros agrónomos que sepan positiva, teórica y prácticamente las ciencias y técnica respectivas, en el grupo mayor de intensidad y superioridad alcanzado en los mejores establecimientos análogos. Así los alumnos que obtengan el diploma final, deben estar prepa-

fuerza y la autoridad, que se han confundido frecuentemente desde un siglo y es otra de las razones por las cuales no nos entendemos todavía. La fuerza del poder está en el hierro y el oro : todos aquellos medios materiales, armas y dinero, con los que el Estado puede obligar a los hombres a obedecer. La autoridad es el prestigio por el que los hombres reconocen al Estado el derecho de mandar y le acreditan, con o sin razón, aquellas virtudes que sólo justifican el mando frente a la razón : el buen sentido, la justicia, la rectitud, el celo desinteresado.

La fuerza es el instrumento material de la autoridad ; la autoridad es el sostén moral de la fuerza. Sin una cierta cantidad de fuerza, no hay autoridad que reine, sea la autoridad religiosa, la autoridad paterna, la autoridad del maestro. Sin autoridad, no hay fuerza que logre a la larga hacerse obedecer, ni aun con el palo y la horca, porque no hay poder tiránico que al principio o después no sea insoportable. Pero los dos elementos pueden estar combinados en proporciones diversas y suelen confundirse, y por eso en Europa, después de la revolución francesa, la fuerza del Estado — oro y hierro — ha crecido cuando su autoridad — prestigio y respeto — ha disminuido.

Y agrega Ferrero : « Todos reclaman, a grandes voces, como las ranas pedían un rey, el Estado fuerte. Pero el Estado moderno es demasiado fuerte ; tiene mucho dinero, muchos soldados, muchas armas, muchos esbirros, muchos jueces, muchas leyes, muchos escribas, muchos siervos de alta y baja librea. Le falta en cambio la autoridad : o sea el prestigio y el respeto porque le falta la sabiduría, la dignidad, la rectitud, la inteligencia, la justicia. »

He aquí señores, el nudo de la cuestión : he aquí el conflicto de la fuerza y la autoridad, que muchas veces también se han confundido en la Universidad : he aquí la falacia de los sistemas sino se cuenta con la virtud de los hombres. Ninguna magistratura, así vaya con las fascas de los lictores : ningún cuerpo directivo logrará respeto ni podrá gobernar si hace abstracción del buen sentido, de la sabiduría, de la rectitud, de la justicia, y las irregularidades que encubra, los atropellos que consume, las deslealtades que inspire se irán capitalizando hasta el día de la liquidación definitiva.

Sabedlo, asimismo, vosotros, jóvenes, que constituís también una fuerza y gravitáis en el gobierno de la Universidad : si la razón no os acompaña, si la verdad no os alumbraba, si la justicia no os alienta, en vano abusaréis de vuestra fuerza.

No creáis a los que os digan lo contrario ; no déis crédito a los que, con logomaquias escolásticas, predicán el dogma de la fuerza como único evangelio de la vida, que os extravían y se engañan, porque como ha dicho uno de nuestros más grandes educacionistas, discípulo devoto de Augusto Comte, cuya modestia corre parejas con su virtud, el doctor J. Alfredo Ferreyra : « En la compleja naturaleza humana, los seres mezquinos e insensibles, en algún sentido, son bienhechores en otro, contribuyendo a menudo, en primer rango, a la expansión e intensidad de la vida. El hombre más socializado cada vez, vive para sus semejantes consciente o inconscientemente. La sociedad, a su turno, con el acrecentamiento de su saber y poder, estará en aptitud de convertir en abono hasta la basura humana. »

Y he aquí que esos principios de verdad y de justicia fueron y son como la dama de mis ensueños, en la milicia de mi vida, y ya lo véis, jóvenes, que esa era la verdadera vía, pues merecí el premio, tras rudo batallar, por el concurso de los maestros y de los discípulos, como la mejor y más alta ejecutoria.

Señores :

La Facultad de agronomía y veterinaria de Buenos Aires ha tenido una gran influencia en la civilización agraria argentina. Porque es, en linde de la gran metrópoli.

— foco máximo de urbanismo — como un estímulo hacia el campo ; porque ha incorporado a la Universidad las disciplinas técnicas, que la definen y completan ; porque ha realizado obra de investigación y de fomento en pro de las industrias fundamentales ; porque ha abierto nuevos cauces a la vocación estudiantil ; y porque, al diplomar entre sus egresados, a los descendientes de los hacendados y agricultores. Acaudalados ha promovido el progreso rural en el sentido que lo quiere Michelet, es decir, no sólo abarcando la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino también, y con frecuencia mucho más, la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos.

Debo terminar. Pero antes de hacerlo, permitidme un recuerdo para el doctor Carlos Ibarguren, que compartió con Escalante la heroica y bella empresa de fundar esta casa ; para el doctor Torino, que le sucedió en el Ministerio de agricultura ; para los ex decanos : y para los maestros desaparecidos, Huergo, Zabala, Bidart, Joffrin, Encina, Ebelot, Krause y Toll. Vaya también un mensaje auspicioso para los hijos de la institución, que por todo el ámbito del país ofician la religión, que aprendieron en sus aulas.

Doctor Inchausti :

Tuvisteis el honor de ser el primer decano profesional. No es el momento de hacer el juicio de vuestra obra. Desempeñastéis vuestra tarea con dedicación, tal como la entendisteis, y habéis por eso conquistado el derecho al reposo.

Señores profesores : jóvenes estudiantes :

Compleja es la función, que ponéis en mis manos, y vos, señor rector, la habéis definido con frase justa y breve, al asumir idéntica magistratura en la Facultad de filosofía y letras : « El decano ha de ser un poco mayordomo, otro poco jefe de oficina, otro poco director de estudios y otro poco hombre de gobierno. »

Yo confío, sin embargo, en superar todos los obstáculos de mi camino, con la colaboración vuestra, que siempre habré de encontrar, sin duda, en la región serena de los ideales de la institución, hasta donde no llega el grito de las pasiones, ni la cizaña del interés mezquino.

Y os exhorto a todos con la alta palabra de quien más que por razones gerárquicas o administrativas, por la excelsitud de su pensamiento, ejerce la función rectoral de los espíritus en el país : de Ricardo Rojas, que en su *Cristo Invisible*, que será famoso porque es heroico y es lírico, por lo que tiene de belleza y de acción, nos ha dado la consigna del siglo, que habrá de cumplirse en nuestra Argentina como la tierra predestinada a la realización de un nuevo ideal cristiano, en que el hombre, sin prejuicios de razas, religión o casta, llegue a sentirse en la plena posesión de sus posibilidades humanas, que son sus posibilidades divinas.

Señor rector :

Habéis escrito : « Si la Iglesia dijo : Fe, Esperanza y Caridad ; Si la Revolución ha dicho : Libertad, Igualdad y Fraternidad ; la sociedad de nuestros tiempos ha de decir : Justicia, Trabajo y Amor. »

Vuestra divisa la adoptamos por nuestra. Ella ha de presidir, de hoy en más, la labor de nuestros laboratorios y de nuestras cátedras para bien de la humanidad y para felicidad de la República.